

“¿No ardía nuestro corazón?”: El relato del camino a Emaús como modelo de hermenéutica comunitaria

“Were not our hearts burning?”:

The Emmaus road narrative as a model of communal hermeneutics

Hernán A. Carrillo

Seminario Internacional Teológico Bautista (Argentina)

Primera Iglesia Bautista de San Carlos de Bariloche (Argentina)

hernananibalcarrillo@hotmail.com

 <https://orcid.org/0009-0004-0535-4112>

Recibido: 12 de agosto de 2025. Aceptado: 8 de octubre de 2025.

Resumen: El relato de los discípulos en el camino a Emaús (Lc 24:13-35) constituye una de las narraciones más significativas del Evangelio de Lucas para pensar la experiencia del Cristo resucitado, la comprensión de las Escrituras y la transformación comunitaria. Este artículo propone una lectura teológico-narrativa del texto con énfasis en el dinamismo de la hermenéutica comunitaria: un proceso en el cual el Resucitado acompaña, interpreta y se revela en medio de la confusión y el desaliento. A través del análisis exegético de los elementos clave del pasaje —la conversación en el camino, la interpretación de las Escrituras, el gesto del pan partido—, se argumenta que este relato ofrece una clave eclesiológica para la Iglesia postpascual: una comunidad que discierne en camino, escucha la Palabra en medio del dolor, y reconoce a Cristo en el partir del pan. Finalmente, se proponen algunas implicancias teológico-pastorales para la Iglesia contemporánea.

Palabras clave: Emaús, hermenéutica comunitaria, revelación, discipulado, Iglesia postpascual

Abstract: The account of the disciples on the road to Emmaus (Luke 24:13-35) stands as one of the most significant narratives in the Gospel of Luke to reflect on the experience of the risen Christ, the understanding of Scripture, and communal transformation. This article offers a theological-narrative reading of the text with emphasis on the dynamic of communal hermeneutics: a process in which the Risen One accompanies, interprets, and reveals himself amid confusion and despair. Through exegetical analysis of the passage's key elements —the conversation on the road, the interpretation of Scripture, and the gesture of broken bread— it is argued that this narrative provides an ecclesiological framework for the post-Easter Church: a community that discerns while journeying, listens to the Word amid suffering, and recognizes Christ in the breaking of bread. Finally, several theological and pastoral implications for the contemporary Church are proposed.

Keywords: Emmaus, communal hermeneutics, revelation, discipleship, post-Easter church

Introducción

“¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24:32). Esta pregunta de los discípulos de Emaús, tras reconocer al Resucitado al partir el pan, encierra una verdad profunda: el camino del discipulado cristiano es, en su esencia, una experiencia compartida de revelación.

La Iglesia del siglo XXI atraviesa tiempos marcados por el desencanto, la desafección religiosa, el individualismo, la fragmentación comunitaria, el desamor por la Palabra y el replanteo de sus prácticas interpretativas y espirituales. En este contexto, el relato de Lucas 24:13-35 emerge como un texto paradigmático que ofrece claves hermenéuticas y teológicas para una comprensión renovada de la experiencia cristiana postpascual.

Este artículo propone una lectura hermenéutico-teológica del episodio de Emaús, centrada en la dinámica de la hermenéutica comunitaria como eje del proceso de fe. Si bien se integran herramientas exegéticas (especialmente en el análisis de ciertos términos griegos del texto), el enfoque metodológico principal es hermenéutico, en diálogo con la teología narrativa y pastoral.

La hipótesis que aquí se sostiene es que el relato de Emaús configura una teología narrativa donde la revelación del Cristo resucitado no se da en la certeza doctrinal ni en el saber individual, sino en la interacción comunitaria con la Palabra y en el gesto compartido del pan partido. Desde esta perspectiva, se argumenta que el camino a Emaús no solo relata una aparición, sino que modela una espiritualidad bíblica y eclesial: la Iglesia como comunidad que discierne en el camino, interpreta desde el dolor y reconoce a Cristo en la mesa compartida.

Lucas 24:13-35: Lectura general y estructura narrativa

Aquel mismo día dos de ellos se dirigían a un pueblo llamado Emaús, a unos once kilómetros de Jerusalén. Iban conversando sobre todo lo que había acontecido. Sucedió que, mientras hablaban y discutían, Jesús mismo se acercó y comenzó a caminar con ellos; pero no lo reconocieron, pues sus ojos estaban velados. —¿Qué vienen discutiendo por el camino? —les preguntó. Se detuvieron, cabizbajos; y uno de ellos, llamado Cleofas, le dijo: —¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén que no se ha enterado de todo lo que ha pasado recientemente? —¿Qué es lo que ha pasado? —les preguntó. —Lo de Jesús de Nazaret. Era un profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Los jefes de los sacerdotes y nuestros gobernantes lo entregaron para ser condenado a muerte, y lo crucificaron; pero nosotros abrigábamos la esperanza de que era él quien redimiría a Israel. Es más, ya hace tres días que sucedió todo esto. También algunas mujeres de nuestro grupo nos dejaron asombrados. Esta mañana, muy temprano, fueron al sepulcro pero no hallaron su cuerpo. Cuando volvieron, nos contaron que se les habían aparecido unos ángeles quienes les dijeron que él está vivo. Algunos de nuestros compañeros fueron después al sepulcro y lo encontraron tal como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron.

—¡Qué torpes son ustedes —les dijo—, y qué tardos de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas! ¿Acaso no tenía que sufrir el Cristo estas cosas antes de entrar en su gloria? Entonces, comenzando por Moisés y por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Al acercarse al pueblo adonde se dirigían,

Jesús hizo como que iba más lejos. Pero ellos insistieron: —Quédate con nosotros, que está atardeciendo; ya es casi de noche. Así que entró para quedarse con ellos. Luego, estando con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció. Se decían el uno al otro: —¿No ardía nuestro corazón mientras conversaba con nosotros en el camino y nos explicaba las Escrituras? Al instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron a los once y a los que estaban reunidos con ellos. “¡Es cierto! —decían—. El Señor ha resucitado y se le ha aparecido a Simón.” Los dos, por su parte, contaron lo que les había sucedido en el camino, y cómo habían reconocido a Jesús cuando partió el pan. (Lc 24:13-35 NVI)

El relato de los discípulos en el camino a Emaús (Lc 24:13-35) ocupa una posición central en el capítulo final del Evangelio de Lucas y funciona como un puente teológico y literario entre el anuncio del sepulcro vacío (24:1-12) y la aparición a los once en Jerusalén (24:36-49). El episodio no solo relata una manifestación del Resucitado, sino que despliega un proceso gradual de revelación que abarca desplazamiento, diálogo, interpretación y comunión.

Bovon observa que el relato de Emaús está construido de manera concéntrica, donde la introducción y la conclusión se corresponden, mostrando el paso de la confusión al reconocimiento comunitario. “A esta diferencia de sentido corresponde la diferencia de estado de ánimo: al desconocimiento, a la desesperación y al aislamiento suceden el reconocimiento, la esperanza y la comunidad” (Bovon, 2010, p. 627–628).

La estructura narrativa puede dividirse en cuatro movimientos interconectados:

1. Desencanto y huida (vv. 13–24): los discípulos abandonan Jerusalén, símbolo de esperanza y comunidad, inmersos en la tristeza y la confusión.
2. Acompañamiento e interpretación (vv. 25–27): Jesús, aún no reconocido, se hace parte del camino y explica las Escrituras desde Moisés y los profetas.
3. Hospitalidad y revelación (vv. 28–31): los discípulos invitan al desconocido a quedarse, y lo reconocen en el partir del pan.
4. Retorno y testimonio (vv. 32–35): transformados por la experiencia, regresan a Jerusalén con una comprensión renovada y una misión compartida.

Desde una perspectiva literaria más profunda, es posible trazar una estructura quíastica que refleja la progresión teológica del relato:

A. Salida de Jerusalén en confusión y tristeza (vv. 13–24)

B. Jesús interpreta las Escrituras en el camino (vv. 25–27)

C. Punto culminante: el partir del pan y la apertura de ojos (vv. 28–31)

B'. Memoria de la Palabra y ardor del corazón (v. 32)

A'. Retorno a Jerusalén con alegría y testimonio (vv. 33–35)

Esta estructura resalta el centro teológico del pasaje: la revelación de Jesús resucitado en el partir del pan, en el corazón mismo del relato. A partir de ese gesto, todo lo anterior se resignifica y todo lo posterior se activa en misión. Las alas del quiasmo enmarcan un

proceso de transformación espiritual y comunitaria, donde la Palabra y la mesa convergen como espacios de encuentro con el Resucitado.

Este recorrido refleja un patrón pascual: la fe se reconstituye no en un instante, sino en el camino, mediante la Palabra compartida y el gesto fraterno. La progresión es literaria, teológica y espiritual, y anticipa la dinámica de la comunidad cristiana naciente en Hechos.

Análisis teológico y exegético de algunas palabras claves del relato de Emaús

Para el presente análisis se ha trabajado directamente sobre el texto griego del Nuevo Testamento (Nestle–Aland 28), examinando términos clave del relato —como *homileō* (Lc 24:14), *anoētoi* (v. 25), *diermēneuō* (v. 27), *epignōsthē* (v. 31) y *anōigō* (v. 31)—, a fin de precisar su valor semántico y teológico dentro del marco narrativo lucano. La riqueza del texto se intensifica al examinar ciertas palabras y expresiones en griego que cargan connotaciones teológicas decisivas. Estas no solo iluminan el sentido interno del relato, sino que ofrecen conexiones con otros pasajes bíblicos que amplifican su alcance interpretativo.

1. ἀνόητοι (*anoētoi*) – “Insensatos” (v. 25)

Se trata de un adjetivo vocativo, plural masculino. Jesús reprocha a los discípulos su falta de entendimiento con esta palabra que combina la partícula negativa (a-) con *nous* (mente, entendimiento). Se traduce como “necios”, “torpes para comprender” o “sin entendimiento”. En Gálatas 3:1, Pablo utiliza el mismo término para reprender a los gálatas por desviarse del evangelio: “¡Oh gálatas insensatos (*anoētoi*)! ¿Quién os fascinó...?”. Esta conexión muestra que la falta de comprensión espiritual no es solo ignorancia, sino resistencia a la verdad revelada.

Según Bovon, este reproche no se refiere a la simple ignorancia, sino a la falta de fe razonante. “El relato de Emaús pertenece al segundo tipo: no explica apenas el desarrollo de los hechos, sino que da sentido a los acontecimientos conocidos. Insiste sobre todo en el ἔδει, “era preciso” (v. 26), en el designio divino” (Bovon, 2010, p. 629).

2. καρδιά (*kardia*) – “Corazón” (v. 32)

Sustantivo femenino singular en caso nominativo. En la antropología bíblica, el “corazón” no se limita a las emociones, sino que representa el centro del entendimiento, la voluntad y la conciencia moral. Cuando los discípulos afirman que “ardía su corazón”, se está señalando un proceso interno de discernimiento espiritual. En Hebreos 4:12 se afirma que la Palabra de Dios discierne los pensamientos y las intenciones del *kardia*. En Emaús, la Palabra explicada por Jesús opera a nivel profundo, aunque todavía sus ojos permanecen velados.

3. διερμήνευεν (*diermēneuō*) – “Interpretaba” (v. 27)

Verbo en aoristo indicativo activo, tercera persona singular. Es clave para el campo de la hermenéutica, pues no se refiere solo a traducir, sino a interpretar con profundidad, dar sentido, esclarecer. Se usa también en Hechos 9:36 cuando se explica el nombre “Tabita” como “Dorcas”. En Lc 24:27, Jesús no impone una enseñanza sistemática, sino que

reconfigura su comprensión de las Escrituras desde una lectura cristocéntrica. Este acto hermenéutico no ocurre en un espacio aislado, sino en el camino, en comunidad, como un proceso pedagógico y revelador.

4. ἀνοίγω (anoigō) – “Abrir” (vv. 31–32)

Verbo en aoristo pasivo. Aparece en dos momentos clave: cuando se “abrieron los ojos” (v. 31) y cuando Jesús “abría las Escrituras” (v. 32). El paralelismo literario entre ambos usos no es accidental, sino que expresa la vinculación entre comprensión espiritual y revelación. En Hechos 16:14 se utiliza este verbo para describir cómo “el Señor abrió el corazón” de Lidia. En Emaús, las Escrituras eran abiertas a medida que los ojos del corazón comenzaban a comprender. El acto de abrir es, por tanto, epifánico: no solo se transmite información, sino que se genera transformación.

5. ἐπεγνώσθη (epignōsthē) – “Le reconocieron” (v. 31)

Verbo en aoristo pasivo, tercera persona singular, del verbo epiginōskō. Indica un reconocimiento profundo y experiencial, no meramente visual. La forma pasiva sugiere que el reconocimiento no es mérito humano, sino gracia revelada. El mismo verbo aparece en Lucas 1:4 para expresar la certeza que Teófilo debe alcanzar. En el contexto de Emaús, este reconocimiento no nace de un acto intelectual, sino de una apertura espiritual facilitada por el gesto eucarístico. Cristo es reconocido no solo con los ojos, sino con la totalidad del ser que ha sido preparado por la Palabra compartida.

6. ὁμιλέω (homileō) – “Conversar” (v. 14)

Este verbo, en imperfecto activo indicativo, describe la conversación prolongada entre los discípulos mientras caminan hacia Emaús. Más que un simple intercambio de información, homileō señala un diálogo que nace del desconcierto, la pérdida y el deseo de comprender. Es notable que el texto use este término, del cual derivará el concepto de “homilía”, como acto de comunicación de sentido en comunidad. Antes de que Jesús se haga presente visiblemente, ya hay un inicio del proceso hermenéutico: los discípulos interpretan juntos lo vivido. En este contexto, la comunidad no es un marco opcional, sino el espacio natural donde la Palabra empieza a cobrar forma. Este detalle resalta que la hermenéutica cristiana, desde sus orígenes, se despliega en el camino compartido, en el diálogo sincero y en la búsqueda compartida de sentido a la luz de lo que Dios ha hecho.

Herменéutica comunitaria en el camino a Emaús

El camino a Emaús no solo es una narración de encuentro con el Resucitado, sino un modelo narrativo de cómo la comunidad cristiana primitiva aprendió a interpretar la Escritura, discernir la presencia de Cristo y vivir una fe compartida. En esta sección abordaremos cómo el relato configura una hermenéutica encarnada en el camino, alimentada por la Palabra y completada en el gesto comunitario.

Una hermenéutica del camino compartido

Desde los primeros versículos, Lucas nos sitúa en una escena profundamente relacional. Los discípulos caminan juntos, dialogando sobre lo ocurrido (Lc 24:14). El

verbo griego ὁμιλέω (homileō) indica una conversación reflexiva, no simplemente informativa. Este detalle resalta que la interpretación de la vida y de la fe no comienza en el aula, sino en el camino, en la vida compartida.

Jesús se acerca a ellos mientras hablan, y su presencia se manifiesta en medio de la comunidad (v. 15), evocando la promesa de Mateo 18:20: “donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. La presencia del Resucitado se da entre quienes comparten el dolor y la búsqueda. El “camino”, en sí mismo, es también símbolo de discipulado, como lo presenta Juan 14:6: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”; caminar con Cristo es caminar hacia la verdad revelada del Padre. En el camino Jesús “hizo” como que iba más lejos. Sin embargo, no se aleja de ellos: su acción imprime el respeto a la libertad y el deseo de ser escogido. El Resucitado sigue caminando a su lado, esperando ser invitado a permanecer.¹

En ese andar, Jesús no irrumpe como maestro autoritario, sino como compañero de camino, abrazando el dolor, escuchando sus preguntas y reordenando su fe desde las Escrituras.

De la confusión a la revelación: palabras, corazón y comunión

Lucas subraya que “los ojos de ellos estaban velados” (Lc 24:16). Esta ceguera espiritual, que impide reconocer a Jesús, no es solamente una acción divina, sino una expresión de incompreensión humana (cf. Is 6:10; 2 Cor 4:4). Jesús los llama “insensatos y tardos de corazón” (v. 25), lo cual coincide con la descripción paulina en Gálatas 3:1, donde la necesidad es una resistencia a la verdad revelada. El Señor mismo reprocha a los discípulos de Emaús su ceguera espiritual: “¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas!” (Lc 24:25), palabras que, como afirma Ratzinger, “debe repetirnos continuamente también a nosotros a lo largo de los siglos, pues también pensamos siempre que, si quería ser el Mesías, debería haber traído la edad de oro” (Ratzinger, 2007, p. 25).

Sin embargo, el maestro no comienza con juicio, sino con preguntas (v. 17), mostrando su profundo interés pastoral. Ellos narran su desencanto (vv. 18–24), lo que refleja una interpretación equivocada del Mesías² como figura política. Jesús responde con una reinterpretación cristocéntrica: “comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas” (v. 27), releando la historia de la salvación a la luz de su pasión y resurrección. “Como buen pedagogo, Jesús invita primero, mediante sus preguntas, a sus interlocutores a expresarse” (Saout, 2007, p. 105).

Este encuentro con la Palabra no solo reconfigura su teología, sino que toca su interior: “¿No ardía nuestro corazón...?” (v. 32). El ardor es señal de una Palabra viva que transforma. El ardor del corazón en Emaús no puede entenderse como una simple emoción pasajera, sino como la señal de una transformación interior que nace del contacto

¹ “Las invitaciones imprevistas son un signo de hospitalidad común en la cultura mediterránea, pero el protocolo exige que tales invitaciones sean rechazadas pro forma y aceptadas sólo después de repetidas y sólidas insistencias” (Malina y Rohrbaugh, 1996, p. 316).

² “El problema de los líderes religiosos judíos de los días de Jesús era que, en general, al leer el Antiguo Testamento veían sólo la gloria y victoria del Mesías y no veían el hecho de que la senda para alcanzar estas bendiciones era una de sufrimiento. [...] A veces llegaban incluso a aplicar al Mesías las referencias (en Is. 52:13–53:12) a la gloria del Siervo, pero a Israel las referencias a los sufrimientos del Siervo” (Hendriksen, 2002, p. 124).

con la Palabra viva. El proceso hermenéutico iniciado por Jesús en el camino culmina en un cambio profundo de disposición: los discípulos que eran “tardos de corazón” (v. 25) ahora experimentan cómo su interior se enciende al escuchar la Escritura reinterpretada a la luz de Cristo. Este fuego interior revela que la fe auténtica no se fundamenta en un razonamiento frío ni en una especulación teórica, sino en la experiencia de ser alcanzados por la Palabra que comunica vida. Como recuerda Bovon (2010), citando a Orígenes, “ese ardor de corazón es esencial a la fe cristiana: se produce cuando ‘un fuego brota de las palabras del Espíritu Santo e inflama el corazón de los creyentes’” (p. 644).

La comunión que abre los ojos

El momento culminante ocurre en la mesa. Jesús “tomó el pan, lo bendijo, lo partió y les dio” (v. 30). Este gesto no es solo recuerdo de la Última Cena (Lc 22:19), sino anticipación de la vida eclesial en torno a la fracción del pan (Hch 2:42). Allí, “se les abrieron los ojos” (v. 31). El verbo ἀνοίγω (anoigō) había sido usado para referirse a la apertura de las Escrituras (v. 32), mostrando el vínculo entre Palabra y revelación. Bovon enfatiza que “los biblistas no se equivocan, pues, cuando hablan del marco “eucarístico” de la revelación del Resucitado a los discípulos de Emaús” (Bovon, 2010, p. 642).

La comunión no es un añadido litúrgico, sino parte del proceso hermenéutico. Es en la mesa compartida donde se revela, de forma privilegiada, el misterio de Cristo. La imagen de los ojos, primero bloqueados y luego abiertos, “expresa de forma plástica el cambio que debe producirse en los discípulos para que puedan entender el sentido profundo de lo que ya conocen” (Guijarro, 2021, p. 439). En cuanto a esto expresa Bovon “Sin recurrir al vocabulario del milagro, Lucas menciona por el contrario el reconocimiento como natural... primero, la presencia de Jesús, luego la palabra, después el recuerdo de las Escrituras, finalmente el signo del pan” (Bovon, 2010, p. 642–643).

En paralelo, el episodio de Tomás en Juan 20:24-29 revela que La experiencia del Resucitado encuentra su plenitud al ser vivida en la reintegración comunitaria. La revelación plena de Jesús se manifiesta de manera profunda en el ámbito del compartir comunitario.

Una comunidad hermenéutica que va de Jerusalén hasta lo último de la tierra

El texto concluye con un movimiento eclesial profundo: “volvieron a Jerusalén” (v. 33). Jerusalén no es solo un lugar geográfico, sino teológico. Allí se manifiesta la presencia de Dios, se cumple la promesa del Espíritu (Lc 24:49), y nace la Iglesia. Abandonar Jerusalén fue un gesto de desesperanza; volver, uno de restauración. El relato describe cómo el Resucitado acompaña a los discípulos, reaviva su fe y los transforma en testigos. Bornkamm expresa:

En la palabra que les dice, en la comida que celebra con ellos, tienen la prueba de su resurrección y de su presencia. Entonces se vuelven como testigos hacia sus hermanos, que afirman a su vez con la mayor alegría: “¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!” (Bornkamm, 1975, p. 188)

Es allí donde los discípulos comparten lo vivido: “cómo le habían reconocido al partir el pan” (v. 35). La fe pascual no se guarda: se comparte, se celebra, se proclama. En

esta misma línea, Bovon recuerda cómo la tradición patrística vio en Emaús un modelo de fe y hospitalidad. Así, Agustín exhortaba: “Pórtate bien con el extranjero, si quieres reconocer a tu Salvador” (Bovon, 2010, p. 646).

Este movimiento de ignorancia → enseñanza → comunión → misión se convierte en estructura básica de la experiencia eclesial.

Así, Emaús se convierte en paradigma de la Iglesia postpascual: una comunidad que camina con preguntas, escucha con atención, arde con la Palabra, reconoce en el pan partido y da testimonio del Cristo vivo. Una Iglesia donde la hermenéutica es comunitaria, el reconocimiento es relacional y la misión es inevitable.

Conclusiones teológico-pastorales para la Iglesia de hoy

A partir del análisis exegético y estructural del relato de Emaús (Lc 24:13-35), se evidencia que este pasaje no constituye una experiencia singular dentro de los relatos de la resurrección, sino un modelo fundacional lucano para comprender la identidad, la fe y la misión de la Iglesia. Bovon destaca el contenido y la riqueza de este singular relato lucano. “Junto con los del hijo pródigo y el buen samaritano, el relato de los discípulos de Emaús constituye uno de los florones del material propio de Lucas... finalmente, la transformación de los discípulos que llegan a la fe cristiana” (Bovon, 2010, p. 652). En virtud de esta lectura, se desprenden varias conclusiones teológico-pastorales relevantes para la vida eclesial contemporánea:

Una saludable interpretación Bíblica encuentra su plenitud en comunidad

A la luz del análisis hermenéutico realizado, se confirma que la comprensión de las Escrituras en el relato de Emaús ocurre en el camino compartido y se consuma en la mesa del pan partido. El proceso comienza con la escucha comunitaria y culmina en la comunión tangible: ambos momentos son inseparables.

Los discípulos no logran entender el sentido de los acontecimientos en soledad, sino en el diálogo que mantienen mientras caminan. La revelación no irrumpe como iluminación individual, sino como fruto de una conversación espiritual donde la Palabra es escuchada, compartida y finalmente encarnada. Interpretar la Biblia junto a otros no es solo enriquecedor: es bíblicamente necesario. En Emaús, el Resucitado no se aparece a uno solo, sino a dos que caminan juntos. Es en ese espacio de comunión imperfecta, de búsqueda compartida, donde el Cristo vivo se hace presente.

La Iglesia está llamada a recuperar esa dinámica: leer la Biblia en comunidad, en medio del camino, con humildad, con preguntas y con la disposición de escuchar tanto a Dios como al hermano. Bonhoeffer subraya esta dimensión comunitaria: “La Palabra de Dios no puede existir sin la comunidad; y la comunidad no puede existir sin la Palabra de Dios. El cristiano tiene absoluta necesidad de otros cristianos; son quienes verdaderamente pueden quitarle siempre sus incertidumbres y desesperanzas” (Bonhoeffer, 2011, pp. 14-15).

En este mismo sentido Hendriksen menciona:

Ellos meditan en la forma en que habían ardido sus corazones, se habían iluminado sus espíritus y reavivado sus esperanzas cuando este hombre que ahora ya no era un extraño les había explicado lo que nunca antes habían entendido [...] El Cristo los había

escogido a ellos para recibir el privilegio de tener abiertas las Escrituras para que ahora las entendieran como nunca antes habían entendido. (Hendriksen, 2002, pp. 725-726)

La comunidad de fe no es simplemente un entorno donde se escucha la Palabra, sino el lugar donde ella se encarna, se interpreta y se transmite entre hermanos. La fe que se vive en comunidad ofrece contención cuando llegan las dudas y afirmación cuando el alma necesita claridad. La correcta lectura de la Escritura no depende de habilidades técnicas, sino de una disposición del corazón abierta y humilde, que se enriquece en el acompañamiento de otros creyentes: "La lectura correcta de la Escritura no es una técnica que puede ser aprendida, sino que depende de mi propia disposición interior. [...] También en esto pueden ayudarse y aconsejarse mutuamente los miembros de la comunidad doméstica cristiana" (Bonhoeffer, 2011, p. 49).

La interpretación bíblica en comunidad no es solo un acto enriquecedor, sino también una protección. La fe compartida y la guía del Espíritu que habita en la Iglesia nos libran de los peligros del individualismo hermenéutico, de los sesgos personales y de las distorsiones que pueden surgir cuando la Escritura se lee aislada del cuerpo de Cristo. Como bien señala Harold A. Kime:

La Iglesia, la comunidad de creyentes, es la comunidad interpretativa en donde reside el Espíritu de Dios y a quienes fue dada la regla de fe. La interpretación válida debe hallar afirmación dentro de esa comunidad. [...] Las interpretaciones novedosas que nunca han sido sugeridas deben ser aceptadas con gran precaución. (Kime, 2019, p. 188)

Este reconocimiento nos llama a someter nuestras lecturas, reflexiones y conclusiones al discernimiento común, para que la Palabra no solo sea entendida, sino vivida en fidelidad al Evangelio.

Ahora bien, la hermenéutica comunitaria alcanza su plenitud en la comunión eclesial. En virtud del estudio exegético del texto, se observa que el reconocimiento del Resucitado no se produce durante la exposición teórica de las Escrituras, sino en el gesto concreto del partir del pan. Lucas une la Palabra y la mesa como dos dimensiones inseparables de la revelación cristiana.

La hermenéutica cristiana no se agota en la interpretación teórica, por más correcta que sea, sino que busca conducirnos a un encuentro vivencial con Cristo en medio de su pueblo. La mesa y la Palabra son inseparables: no se puede interpretar bien a Cristo si no se lo reconoce en el otro. El encuentro con el Resucitado no fue un hecho meramente subjetivo o interior, sino una experiencia real y tangible. Tal como lo afirma Pagán:

Los discípulos que iban camino a la aldea de Emaús, caminaron con él. Al principio no lo reconocieron, pero sus ojos se abrieron, posteriormente, cuando Jesús partió el pan entre ellos (Lc 24:13-31). Esas no son experiencias emocionales, visuales o auditivas, sino eventos físicos, reales y táctiles. (Pagán, 2012, p. 248)

Lucas deja claro que los discípulos no reconocieron a Jesús durante la exposición exegética, sino en el momento en que el pan fue bendecido, partido y compartido. Ese gesto no es meramente cultural o hospitalario; es profundamente teológico y eclesial. Es en la comunión donde se abren los ojos, donde la hermenéutica se encarna, donde la verdad se vuelve presencia.

En un tiempo donde abundan los recursos exegéticos y los accesos individuales al conocimiento bíblico, Emaús recuerda que no hay lectura transformadora si no conduce a la comunión con Cristo y con los hermanos. La interpretación que no genera vínculo, hospitalidad y apertura se queda a mitad de camino.

La Iglesia está llamada a recrear espacios donde se comparte la Palabra sin descuidar la comunión. No es casual que la comunidad primitiva de Hechos 2 perseveraba tanto “en la doctrina de los apóstoles” como “en el partimiento del pan” (Hch 2:42). La fidelidad a la enseñanza y la vivencia del amor fraternal iban de la mano. Donde la Iglesia enseña sin compartir, se enfría; donde comparte sin enseñar, se dispersa; pero donde escucha la Palabra y parte el pan, allí arde el corazón y se abren los ojos.

Por este motivo, son tan saludables los grupos de estudio bíblico. No solo promueven una comprensión más profunda del texto, sino que fortalecen los vínculos espirituales entre los creyentes, renuevan el gozo de la fe compartida y crean un espacio donde el pan de la Palabra y el pan de la comunión se parten al mismo tiempo. En un mundo marcado por el aislamiento, estos espacios encarnan el modelo de Emaús y devuelven a la Iglesia su rostro más humano y su corazón más ardiente. Por eso la Iglesia de hoy debe preguntarse: ¿cómo hacemos de nuestras comunidades un lugar donde la Palabra se comparte y el pan se parte?

La hermenéutica cristiana dialoga con las preguntas que surgen del camino

En virtud de la lectura literaria y semántica realizada, se advierte que el camino en Emaús no es solo una ubicación geográfica: es un símbolo profundo de la vida creyente, marcada por preguntas, desconciertos y búsquedas compartidas. Los discípulos no caminan en silencio: caminan hablando, dialogando sobre lo que no entienden, sobre lo que les duele y sobre lo que esperan. Lucas describe esta conversación con el verbo *homileō* (Lc 24:14), que no alude a un simple intercambio de información, sino a un diálogo reflexivo que surge de la pérdida y el deseo de comprender. Es significativo que de este verbo derive el concepto de “homilía”: la predicación como acto comunitario de búsqueda de sentido a la luz de la Palabra.

Antes de que el Resucitado se haga visible, ya hay en el camino un proceso hermenéutico en germen: los discípulos intentan juntos interpretar lo vivido. Cuando Jesús se suma al camino, no interrumpe ese diálogo, sino que lo eleva. El evangelista emplea el verbo *diर्मēneuō* (Lc 24:27) para describir cómo el Resucitado interpreta las Escrituras. Este término no alude a una mera traducción, sino a un acto de esclarecimiento profundo, de relectura cristocéntrica que da sentido a lo incomprendido.

Este proceso hermenéutico no ocurre en un aula ni en un espacio aislado, sino en el camino, en la comunidad que dialoga y pregunta. No ocurre desde el monólogo prefabricado, sino en el marco de una conversación. Es allí, en el diálogo entre las preguntas reales del corazón y la Palabra iluminada por Cristo, donde nace la verdadera predicación: una homilía que no responde preguntas que nadie se hace, sino que se atreve a escuchar los conflictos, las búsquedas y los silencios de quienes caminan juntos.

La Iglesia de hoy está llamada a ser ese espacio de diálogo sincero, donde la hermenéutica y la homilética se encuentren para responder a las preguntas reales que surgen del camino. Así, la comunidad de fe se convierte en un lugar donde las Escrituras iluminan la vida concreta y donde la ortodoxia se traduce en una ortopraxis que

guía, acompaña y da esperanza. Tal como sugiere Adarme (2017, p. 71), es a través del diálogo sencillo, de las preguntas claras y de las respuestas honestas, como se abre un camino en el corazón de las personas, se acompaña su proceso y se les ayuda a encontrar sentido y libertad interior.

Una comunidad hermenéutica como un espacio de enseñanza, comunión y misión

El análisis estructural muestra que el relato culmina con un movimiento misionero: “levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén” (v. 33). Este retorno no es solo geográfico: es teológico. Jerusalén es el lugar de la comunión, de la promesa del Espíritu y del inicio de la misión. El relato de Emaús no se limita a describir un evento postpascual, sino que dibuja un itinerario espiritual que la Iglesia está llamada a recorrer una y otra vez: ignorancia, enseñanza, comunión y misión.

Los discípulos comienzan el relato confundidos y decepcionados. Salen de Jerusalén en estado de ignorancia espiritual, no por falta de información, sino por una comprensión incompleta de las Escrituras y del propósito de Dios. Sus ojos están velados (Lc 24:16), y sus expectativas mesiánicas no les permiten ver más allá de su frustración. Este punto inicial representa a tantos creyentes que, heridos por la vida, cargan con una fe desorientada y sin esperanza.

Pero en el camino, Jesús se hace presente. No se impone, se acerca; no predica desde un púlpito, sino desde la conversación. A través de su compañía y de la enseñanza, comienza a reinterpretar las Escrituras: “comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lc 24:27). El Cristo resucitado es también el intérprete que reordena la historia de Dios con su pueblo desde la cruz y la resurrección. La revelación es progresiva y relacional: se da en el camino, en el diálogo, en el corazón que arde. Tal como señala Adarme:

A veces la Palabra no hace el efecto esperado, porque la persona no está en disposición para escuchar, para dejarse interpelar y cuestionar a fondo. Cuando lo hace, siente ‘arder’ el corazón (Lc 24:32), y el deseo profundo de volverse a su Señor. (Adarme, 2017, p. 73)

El punto culminante llega en la comunión. Al sentarse a la mesa, Jesús toma el pan, lo bendice, lo parte y lo da. Entonces se les abren los ojos y lo reconocen (Lc 24:30-31). El reconocimiento del Resucitado no ocurre en la explicación intelectual, sino en el gesto compartido, en la mesa abierta, en el pan partido. El encuentro con Cristo no termina en el saber, sino que se concreta en la relación y la entrega. La Palabra encendida en el corazón se convierte en revelación en la mesa. “El contacto con el Resucitado cumple su misión: produce amor y conocimiento. La Escritura encierra la revelación de los misterios de Dios. Leída con Jesús, produce frutos admirables” (Carrillo Alday, 2011, p. 392).

Finalmente, la experiencia de la Palabra y del pan se convierte en misión: “Levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén” (v. 33). El regreso a Jerusalén es también el regreso al lugar donde el Espíritu reúne y envía. Quien ha encontrado al Resucitado no puede quedarse donde está: debe volver a la comunidad, al compromiso y al anuncio gozoso.

Este dinamismo sigue vigente para la Iglesia de hoy. Muchos creyentes transitan por etapas de oscuridad espiritual, pero en el camino, la presencia paciente del Señor

transforma su andar en una nueva misión. Emaús recuerda que toda fe renovada por la Palabra y la comunión termina volviendo a Jerusalén: a la comunidad, al compromiso y al anuncio gozoso. En tiempos de dispersión, Emaús sigue siendo nuestro modelo: caminar juntos, escuchar juntos, partir juntos, testificar juntos.

La Iglesia como comunidad que redescubre y comparte la Palabra que enciende

El ardor del corazón aparece justamente cuando las Escrituras son abiertas en comunidad (Lc 24:32). La Palabra compartida, escuchada en clave cristocéntrica y en comunión, tiene poder para encender el alma y renovar la fe. Allí donde la Iglesia se deja iluminar por la Escritura y se reúne en torno al pan partido, el Resucitado sigue haciéndose presente, guiando su camino y transformando su historia.

A partir del análisis realizado, comprendemos que el itinerario de Emaús no concluye en la emoción espiritual de un momento, sino en la configuración de un modelo eclesial permanente. Los discípulos no retienen la experiencia para sí: su encuentro con Cristo los impulsa a levantarse, volver a la comunidad y anunciar lo vivido. Del mismo modo, la Iglesia de hoy está llamada a renovar su misión desde el fuego interior que brota del encuentro con la Palabra y la comunión.

La fe que arde en el corazón no se apaga en el aislamiento; se aviva al ser compartida. El testimonio de los discípulos de Emaús muestra que la comprensión bíblica auténtica culmina en un movimiento de regreso: del desencanto a la esperanza, del silencio al anuncio, de la confusión al testimonio. La verdadera madurez hermenéutica y pastoral se revela cuando la Iglesia no se limita a comprender las Escrituras, sino que las hace vida y testimonio en medio del mundo.

Estas reflexiones no pretenden ser conclusiones cerradas, sino puertas abiertas hacia una Iglesia que camina junto al Resucitado, escucha su voz en el camino, parte el pan con gratitud, se deja impulsar por la misión y proclama con gozo el mensaje de la resurrección. Que nuestras comunidades sean, hoy y siempre, lugares donde los ojos se abren, el corazón arde y la Palabra se hace vida compartida.

Referencias

- Adarme Ordóñez, E. (2017). *De la desilusión del sepulcro al gozo de la resurrección, camino a Emaús desde Lc 24, 13-35* (Tesis de maestría). Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia. <http://hdl.handle.net/20.500.11912/3320>
- Aland, B., Aland, K., Karavidopoulos, J., Martini, C. M., Metzger, B. M., y Strutwolf, H. (Eds.). (2012). *Novum Testamentum Graece* (28th rev. ed.). Deutsche Bibelgesellschaft.
- Bonhoeffer, D. (2011). *Vida en comunidad*. Salamanca: Sígueme.
- Bornkamm, G. (1975). *Jesús de Nazaret*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Bovon, F. (2010). *El Evangelio según San Lucas: Lc 19,28–24,53* (Vol. IV). Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Carrillo Alday, A. (2011). *Evangelio de Lucas*. Estella: Editorial Verbo Divino.
- Guijarro, S. (2021). *Los cuatro evangelios*. Salamanca: Ediciones Sígueme.

- Hendriksen, W. (2002). *Exposición del Evangelio según San Lucas* (Comentario al Nuevo Testamento). Buenos Aires: Libros Desafío.
- Kime, H. A. (2019). *Hermenéutica: Una guía para estudiar la Biblia*. Plano: Fundación Hurtado.
- Malina, B. J., y Rohrbaugh, R. L. (1996). *Los evangelios sinópticos y la cultura mediterránea del siglo I: Comentario desde las ciencias sociales*. Estella: Editorial Verbo Divino.
- Pagán, S. (2012). *Jesús de Nazaret: Vida, enseñanza y significado*. Barcelona: Editorial CLIE.
- Ratzinger, J. (2007). *Jesús de Nazaret: Del bautismo en el Jordán a la transfiguración*. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana.
- Saout, Y. (2007). *Evangelio de Jesucristo según San Lucas* (Cuadernos bíblicos 137). Estella: Editorial Verbo Divino.

Hernán A. Carrillo es Licenciado en Teología por el Instituto Bíblico Buenos Aires y actualmente cursa la Maestría en Teología en el Seminario Internacional Teológico Bautista (SITB), donde también obtuvo un Diplomado en Exégesis Bíblica. Ha completado estudios de griego bíblico y se encuentra cursando hebreo en la Sociedad Bíblica Argentina en convenio con el SITB. Además de su formación teológica, es Licenciado en Ortopedia por la Universidad Nacional de San Martín y Coach Profesional certificado por Axon Training. Fue ordenado al ministerio pastoral bautista en 2014 y actualmente se desempeña como pastor de la Primera Iglesia Bautista de San Carlos de Bariloche, donde también coordina el Seminario Bíblico y Ministerial de Bariloche, sede del programa de formación ministerial por extensión del SITB. Es autor de diversos materiales devocionales, libros de formación bíblica y predicaciones contextualizadas.